

Saide: Ensamble de una novela negra

*Sergio Arturo González Vargas***
Universidad Central

Recibido: 12/03/2009 Aceptado: 03/05/2009

Resumen: El texto busca hacer evidente en la novela *Saide* de Octavio Escobar Giraldo una tendencia hacia el género negro dentro del campo de la literatura colombiana de los años noventa en el siglo XX. Para ello, se tiene en cuenta tres elementos: el contexto histórico como preocupación entre la denuncia social y la búsqueda del realismo; la relación entre ética-estética-moral que configura un imaginario de la sociedad colombiana; y por último, la literariedad y el juego con el lenguaje.

Palabra clave: Novela negra, contexto histórico, literariedad, ética-estética-moral.

* Este texto corresponde a la etapa de análisis de las obras del corpus de la investigación Nueva Novela Negra en Colombia 1990-2005, a la luz de las categorías de análisis establecidas en la etapa anterior de la investigación que realiza el grupo Heterolalia de la Universidad Central (Bogotá).

** Ha adelantado estudios de maestría en el Instituto Caro y Cuervo, es especialista en informática para la docencia -Edumática- de la Universidad Central donde se desempeña como docente de tiempo completo en el Departamento de Humanidades y Letras. Contacto: sergioarturogonzalez@yahoo.com

Saide: Gathering of Black Genre Elements

Abstract: This paper evidences the black genre tendency in Octavio Escobar Giraldo's novel within the Colombian literary field during the last decade of the Twentieth century. Hence, the following three elements are taken into account: the historical context as a concern between social report and the search of realism, the relation between ethic-aesthetic-morality structuring the imagery of the Colombian society; and finally, literariness and playing with language.

Key words: Black genre, historical context, literariness, ethic-aesthetic-morality.

“La larga historia de aquel médico y su ahijada o su amante o lo que fuera, se reducía para mí a tres encuentros con una mujer fascinante a la que nunca llegué a poseer, ni siquiera a besar”.

(Escobar, 1995: 87)

“El sonambulismo que caracteriza en buena medida las actitudes del ciudadano, la persistencia de vicios tradicionales que impiden una auténtica solidaridad y cohesión social -particularismos, fulanismos, clientelismos, dependencia y falta de autonomía en los procesos de decisión política- prueban ese peculiar sincretismo de lo moderno y lo premoderno, tan característico de la vida pública en nuestro país”.

(Jaramillo, 1994: 50)

La crítica ha clasificado la obra de Escobar Giraldo como posmoderna, dentro de una característica de los nuevos narradores colombianos de fin de siglo. 1995 fue su gran año de producción narrativa pues publicó dos novelas, *El último diario de Tony Flowers* y *Saide*, además de un libro de cuentos infantiles, *Las láminas más difíciles del álbum*. Con estas obras ganó varios premios y menciones, además se situó en el campo de la novela colombiana como uno de los narradores más prometedores. La novela corta *Saide*, no se va a abordar desde la posmodernidad, se analizará a partir del concepto de novela negra¹ como tendencia en el campo de la literatura colombiana de la década de los noventa.

1 La novela negra es la reacción al modelo de la novela policiaca tradicional y ha experimentado en su desarrollo un sin número de variaciones que la ha llevado a una transición hacia nuevas formas literarias. Se entiende que el género negro, antes que ser un modelo a seguir, es un híbrido de diversos modelos simultáneos, se define

El estudio de la novela se hará a partir de tres aspectos que caracterizan la novela negra como son: el contexto histórico como preocupación entre la denuncia social y la búsqueda del realismo, la literariedad y el juego con el lenguaje, y por último, la relación entre ética-estética-moral.

En la novela colombiana de los noventa, los escritores de fin de siglo renuevan, de alguna manera, ese afán por encontrar nuevas formas de narrar, al igual que los vanguardistas del inicio del siglo XX, se lanzan en la búsqueda de reelaboraciones ingeniosas de formas y géneros preexistentes. Es en este contexto que se habla de nueva novela negra en Colombia y en *Saide* en particular: a través de la mirada del narrador en primera persona, Octavio Escobar actualiza la tendencia por el género negro.

Se trata de una novela muy consciente, no por encargo, sino de auto-encargo, es un reto personal del autor, ¿por qué decide escribir una novela negra? no sólo por la influencia de la televisión, el cine y sus innumerables encuentros literarios con el género. Hay una intención estética, un programa narrativo que le imprime a la novela un carácter muy elaborado, por no decir premeditado. Es una escritura de cirujano, medida, controlada que trata de manera muy consciente de retomar lo que conoce del género y al mismo tiempo distanciarse de él. Como lo dice el autor en una de sus entrevistas para la editorial española Periférica y difundida por la Web en el 2007: “Más que un modelo, hubo primero una lectura apasionada de un buen número de novela policiaca tradicional y sobre todo de novela negra, en sentido estricto, desde Hammet y, así, Chandler, hasta Vásquez Montalbán... Eso sí, con mucha conciencia evité al detective y un final en el que todo se aclarara “convenientemente”. Me interesaban más un clima, un ambiente, los personajes...”

1. El contexto histórico

Se comienza el análisis por el contexto histórico ya que éste vale, como su nombre lo indica, de trasfondo en la novela, aunque no es parte evidente del plan narrativo

más por lo que cambia, que por lo que permanece. También, es atmósfera ya que insinúa e influye sobre la moral y la ética, antes que denunciar. Es umbral, pues sus fronteras son porosas permitiendo la comunicación viva con otros estilos y formas estéticas. La novela negra hace énfasis en la crítica social, re-creando los problemas que desata un sistema social individualista, cuyos valores están centrados en el dinero, el poder y la reputación, sin que resulte fácil identificar las fronteras entre el bien y el mal. Es decir, se deja de lado la resolución de un crimen, para mostrar descarnadamente los problemas sociales, mediante un estilo narrativo que representa con las imágenes de una sociedad que de manera abiertamente cotidiana, y descarada ejerce la corrupción, y en algunos casos está atravesado por la ironía y el cinismo.

del autor, lo deja entrever de manera sutil, pero al mismo tiempo, de una manera categórica y contundente. Hay una evidente tendencia por una interpretación de lo que sucede a nivel histórico y social en la Colombia de este periodo. Se demuestra un afán de los escritores de novela negra en dejar manifiesta, en su obra artística, su posición con respecto a estos procesos que han afectado la sociedad colombiana.

Dentro de su propuesta narrativa, Escobar Giraldo, toma una posición objetiva con respecto a los hechos que configuran el contexto histórico de su novela. Para ello, construye una trama en la que retoma aspectos del género clásico policiaco, como el enigma que en este argumento corresponde al asesinato sin esclarecimiento de una joven. El tema de la desaparición de Saide no está tan relacionado con lo policiaco, sino con lo social; con el realismo, nuestra realidad es en cierta medida macabra. Situación que aparentemente es circunstancial, pero que alude de manera inevitable, a una realidad histórica llena de desapariciones y crímenes que han quedado sin resolver.

Las décadas de los ochenta y noventa en la historia reciente de Colombia representan una época de cambios en la sociedad colombiana que se caracterizó principalmente por las estrechas relaciones que se establecieron entre la clase política, los grupos armados ilegales y delincuenciales, en pos de un negocio tan lucrativo como el narcotráfico. El autor elabora un esbozo de la anomia social, del conjunto de ambientes caóticos que resultan de la falta de normas sociales o de su degradación. La ausencia de la ley y la debilidad de las instituciones hacen pensar a muchos que la sociedad no tiene dueño, por lo mismo, todos merecen serlo.

En la mentalidad del colombiano han existido tres aspectos importantes: intransigencia religiosa, la venganza, y la justicia privada. Esto ha impedido los procesos de modernización. La sociedad colombiana tradicionalmente se caracterizaba por ser una sociedad marianista, devotos de María, con una ética cristiana, católica, esa era su esencia de ver y de ser en el mundo. La clase social dirigente era además despótica autoritaria y elitista. Entra en conflicto lo católico con el proyecto moderno. La iglesia católica ha sido intransigente y ha impuesto su verdad así sea de una manera violenta. En ese orden de ideas, se puede establecer que para la época hay tres tipos de violencia, generada por la ineficiencia del estado: la Rural, la Urbana, y la del estado mismo.

Desde el modelo neoliberal surge una violencia generalizada e indiscriminada. Lo que genera violencia no es la pobreza, sino la inequidad de la repartición de la riqueza. Con el inicio del modelo neoliberal, y su consecuente privatización del Estado, se genera la quiebra de muchas empresas. La clase obrera de las ciudades protegida por el Estado queda desamparada y surge una masa de población desempleada que aumenta los grupos delincuenciales.

El fenómeno del narcotráfico lo que hace es disparar, aumentar, evidenciar aún más los problemas que ya existían en Colombia. Hay un cambio de cultura, ya no somos sólo productores de droga, sino, consumidores. El estado no regula el orden social, y este es impuesto por el narcotráfico y sus múltiples alianzas tanto con las elites como con los grupos armados ilegales. Las formas de ser y de actuar empiezan a ser mediadas por la narcocultura. El dinero fácil es el norte de la juventud y es su capacidad corruptora la que involucra a los ciudadanos en la prostitución, el sicariato y el desmesurado consumismo. Durante la guerra fría los estudiantes y la juventud en general tenían la utopía del cambio; en esta época el pensamiento es el de no futuro, el de “no nacimos pa`semilla”.

Cuando se propone la democratización, lo que se logró finalmente fue la violencia y la corrupción. Cada grupo buscaba llegar al poder y el dinero. Sobre todo en regiones apartadas se quedaron con el poder local. La gran contradicción de esta época es que se formuló la democratización, pero entró en franca contradicción con las élites tradicionales locales que ya estaban relacionadas con los nuevos ricos narcotraficantes. La elite sentía que perdía el poder y no permitió que el ciudadano común accediera a los gobiernos locales; esto lo logró con sus nuevos aliados, que ya fuera por la intimidación o el asesinato, los apartaban de la contienda electoral.

En *Saide*, el encuentro del médico Díaz-Plata con el narrador protagonista es el pretexto para narrar la Colombia de estas décadas. El autor le imprime un ritmo cinematográfico, se ha inclinado por una trama complicada cargada de cambios de escenario y personajes, de saltos en el tiempo, exigiendo del lector una mayor concentración. Sin dramatismos, se narran de una manera muy tranquila, casi cínica, los hechos delincuenciales de una época. El lector está tan imbuido en dilucidar qué pasó con Saide que no experimenta el extrañamiento y el horror por los hechos narrados. Esta característica, en la forma de narrar, aleja al autor de lo que se ha llamado la sicaresca, ese realismo descarnado y en ocasiones morboso de algunas obras literarias. De hecho, la historia no está contada desde la mirada del sicario, sino desde un periodista radial que ha sido “censurado” y no tiene más opción que la de aceptar un cargo burocrático en una empresa de envíos postales. Se trata de una mirada sin juicios morales que no sólo observa, sino que participa, aunque tangencialmente, de la degradación social. Es en este contexto esbozado de manera general, que se desarrolla la trama de la novela y que da pie para la construcción novelada de una relación entre la ética, la estética y la moral de los personajes.

2. La relación entre ética–estética–moral

Si entendemos como imaginario todas aquellas ideas, compartidas por un grupo social, que consideran como verdad, ya que no necesitan explicación porque están

justificadas en sí mismas, se puede establecer, como base, el hecho de que un sector de la sociedad colombiana de finales del siglo XX, sin importar credos, filiaciones políticas, ciudades y provincias, estructuró como su imaginario, o su visión colectiva, la trampa, la filosofía del atajo, y encontró en la oportunidad de transgredir las leyes y las instituciones su modo de vida. Esto se refleja en el afán, en algunos casos por ambición y en otros por necesidad, de acumular riqueza, adquirir dinero fácil. Este frenesí colectivo conllevó a lo que se llamó la crisis de valores, en la que el tráfico y el consumo de drogas, la muerte como oficio y el beneficio propio, se convirtieron en el pan de cada día.

Éste entramado de visiones de mundo se construye en la relación de los personajes centrales, mediante la elaboración en paralelo de Díaz-Plata y el narrador protagonista en su relación con la enigmática Saide. Éstos manifiestan y hacen evidente la degradación de la sociedad en el periodo histórico mencionado. El narrador protagonista “doctor”, nombrado como tal en la oficina de envíos postales, llega ahí por recomendación de un “amigo”; viene de la capital a ocupar un lugar que perfectamente podía tener un lugareño de una de las regiones más abandonadas por el estado y afectadas por la corrupción, como lo es el puerto de Buenaventura. Para el personaje es lo más natural que él ocupe ese cargo, se lo merece más que cualquier otro y su desempeño se limita a firmar documentos, centra su vida en un letargo existencial que no es explicado, se dedica al ocio y a vivir una vida rutinaria y vacía. Se propone indagar por la suerte de la bellísima Saide Malkum por la que sentía una atracción obsesiva.

El protagonista narrador entra en contacto con el verdadero “doctor” Díaz-Plata a través del cual conoce verdaderamente a Saide, sobre la cual hay un halo de enigma que resulta siendo no más que un pretexto para hacer una objetivación de la sociedad colombiana. La resolución del enigma de Saide deviene en la confesión del crimen de Díaz-Plata. Este es un médico que tuvo que huir del Magdalena medio por hacer abortos clandestinos, es un personaje que de manera indiscutible lleva una doble vida, adquiere una cierta reputación, pero hace “favores” y “vueltas” a militares, narcotraficantes, etc. Se mueve entre la legalidad y el delito con una facilidad asombrosa, acepta la corrupción como si fuera parte de la cotidianidad, además se ha convertido en un asesino.

Toda su vida la consagró a su amor, también obsesivo, por Saide a quién prácticamente crió desde su infancia; su amor desmedido, de un hombre mayor por una mujer mucho más joven, lo llevó a cometer un crimen que él justifica. Ese amor obsesivo orienta el dialogo de los dos personajes, y estructura la novela. *Saide* se convierte en una novela de “pasión amorosa” por la rivalidad entre los personajes principales, es casi una situación melodramática y desfachatada propia de una película de Pedro Almodóvar, presenta una trama marcada por la fatalidad, la muerte y la decadencia humana.

Díaz-Plata encarna el mito de Pigmalión: cual escultor cinceló el carácter de Saide y la convirtió, en su imaginación, en la mujer ideal, por lo cual, se enamora de ella. De manera premeditada guió su destino, cayendo en lo que la psicología llama pigmalionismo, que consiste en un estado patológico del sujeto que se enamora de su propia creación, en su vida no le interesa nada más que perfeccionarla y admirarla. El amor obsesivo de Díaz-Plata representa el amor tradicional romántico de “hasta que la muerte nos separe” entablando una relación de odio-amor que le otorga mágicamente un derecho sobre la otra persona, un derecho que va incluso hasta la muerte, como queda insinuado en el diálogo final de Díaz-Plata y el protagonista narrador. Como dice Zygmunt Bauman en su libro *Amor Líquido*: “El amor está muy cercano a la trascendencia; es tan sólo otro nombre del impulso creativo y, por lo tanto, está cargado de riesgos, ya que toda creación ignora siempre cuál será su producto final” (Bauman, 2003: 21); la idea anterior la podemos relacionar con el mito de Pigmalión, “lo que yo he creado, me pertenece, y por lo tanto, lo pudo destruir.”

De otro lado, está la postura del protagonista narrador, su amor aunque obsesivo, no es igual que el de Díaz-Plata, este radica en la posesión, el éxito y el triunfo amoroso sobre el objeto de deseo, sin pretensiones de relacionarse para siempre. Es más una obsesión por el conocer ese objeto de deseo, la que lo lleva hasta la casa de Díaz-Plata. Esa intriga por Saide se puede explicar desde el mismo Bauman: “Necesitamos ese éxito por el consuelo espiritual que proporciona: resucita, aun de manera indirecta, nuestra fe en la regularidad del mundo y la previsibilidad de los acontecimientos, que resulta indispensable para nuestra salud y cordura. También conjura la ilusión de que hemos adquirido un nuevo saber...” (Bauman, 2003: 18).

Saide Malkum, de origen libanés, es representada en algunos momentos como la mujer fatal que despierta las más bajas pasiones en los hombres, y que sabe explotar muy bien en su propio beneficio, como, por ejemplo, una rebaja injustificada en el envío de un cuaderno por el correo. Al mismo tiempo, se muestra como una víctima de las circunstancias sociales, una víctima más de las desapariciones sin resolver, como muchas otras desapariciones anónimas. Su desaparición es el enigma de muchos colombianos.

Es una mujer aparentemente medio negociante, medio contrabandista que se enamora de un incipiente narcotraficante. En ella también se deja ver, de una manera soterrada, unas prácticas delincuenciales, esto no queda claro en la novela, pero tanto por los “amigos” anónimos que tiene, como por su actividad comercial que no está bien definida, su enigma puede estar en el que tiene cualquier delincuente, no le conviene que se sepa mucho de ellos. Con ella puede suceder lo que con muchas personas que son desaparecidas o asesinadas en Colombia; la gente dice que si lo mataron, fue porque “debía algo”. Es más en este sentido que se teje un misterio con el personaje, y no tanto, con el contenido de los cuadernos que enviaba habitualmente a su novio recluido en una cárcel de Estados Unidos.

Es paradójico que un personaje confuso del que el lector casi no tiene información y su aparición es escasa, sea el eje sobre el cual gira toda la novela. Es parte de la innovación que hace del género el autor. Pues, el enigma no es resuelto, se dejan cabos sueltos, realmente no hay un enigma, lo que se encuentra es una realidad social en un contexto histórico específico. Efectivamente no se conoce sobre Saide sino la historia de su niñez y la relación con John Jairo, de la que se puede tejer una sombra de sospecha en cuanto a sus verdaderas actividades comerciales.

La intención del autor no está en desentrañar un misterio, sino en intentar explicar el enigma de la condición humana, forzada a ser sórdida en circunstancias sociales e históricas determinadas. Este encuentro de tres éticas individuales (Díaz-Plata, Narrador protagonista, Saide) que pueden ser un síntoma de un imaginario de nuestra sociedad, son muestra de la consolidación de una interiorización colectiva de formas culturales. Todos los personajes están en la medianía de la legalidad y el delito. En ellos hay interiorizado un imaginario, ese imaginario de que hay que sacar provecho de las oportunidades sin tener reparos morales o éticos. El crimen está en todos los estratos sociales, el crimen no sólo es causar la muerte, sino el delito mismo como justificación de los actos sociales cotidianos.

En este universo narrativo, “El fin justifica los medios”, las personas común y corriente están convencidas, sin pudor, que pueden hacer cualquier cosa con tal de alcanzar sus objetivos y lo peor es que creen que lo que hacen está bien, es correcto en nuestra sociedad, “como todos lo hacen”; de alguna manera no son conscientes de que están cometiendo un delito, una atrocidad, simplemente ese es su modo de operar, de ver el mundo, como si este les debiera todo y por eso se lo cobran a como dé lugar. Como se refleja en la confesión del crimen pasional del doctor Díaz-Plata, el amor que sentía por Saide justifica la muerte de John Jairo. Como dice el dicho popular: “*a papaya partida...*”, “*Si se les da la oportunidad... No lo piensan dos veces*”.

Alrededor de los personajes principales se dibujan de manera tangencial por algunos diálogos y descripciones sutiles, una gran cantidad de personajes secundarios entre narcotraficantes y políticos corruptos, que entretejen unas relaciones de odios, venganzas, traiciones y crímenes, complementando el cuadro del imaginario del colombiano de la época en su relación ético-estético-moral. A pesar del panorama descrito, el autor tiene una postura vitalista en la medida en que asume la realidad tal cual es; la realidad es así y hay que vivirla como viene; “el show debe seguir”, es una posición contraria a la de desesperanza en Fernando Vallejo.

3. La literariedad

El soporte de la literariedad, sus rasgos distintivos, la esencia de la lengua literaria, ha sido motivo de innumerables estudios. Comúnmente se conoce que la literariedad

o el fenómeno literario, radica en su diferencia con la lengua coloquial, se aparta de esta en el trabajo con el mismo lenguaje, en su búsqueda de la expresión estética, que le permite tener una particularidad en sus formas y estilos.

Para Jakobson lo específico de la literariedad estaba en el uso de la función poética, en su sutileza y consistencia; cabe señalar, en su objetivo eminentemente estético, centrado en el mensaje, no en un sentido comunicativo referencial, sino en la forma arquitectónica y sus posibilidades de significación, como lo describe Bajtin; en el campo eminentemente estético que permite la representación de la relación ético-estético-moral. Son las propias disposiciones del lenguaje las que construyen su valor y autonomía. En la literatura por ejemplo, el contexto y la realidad dependen, tanto del mismo lenguaje, como de la intención creativa de un universo de ficción.

Para el caso que nos ocupa, la especificidad de lo literario en la novela *Saide* está en la actualización que hace el autor del género negro, en la variación del género que se propone de manera consciente. Es indiscutible que el autor quiere consolidar su lugar en el campo de la novela en Colombia. Esa intención literaria se puede comprobar no sólo por las declaraciones del autor en algunas entrevistas, sino en el mismo epígrafe de la novela, desde ahí está instalando la novela dentro del género y evidenciando su plan narrativo.

Este novelista naciente que viene del ejercicio del cuento, demuestra que ha leído mucho el género, pero escrito mucho menos, en el sentido de que se nota en la factura de la novela una cierta ingenuidad, que puede ser aparente. El dominio del género, lo conoce como lector, mas no como escritor. Se podría decir que en su intención narrativa, asume la ingenuidad como los artistas Naif, su novela es una experimentación, una búsqueda del recién llegado en el campo de la novela. Plantea un juego un tanto artificioso como ingenioso, una aparente torpeza mediada por el ensamblaje metódico de una novela negra que conoce muy bien; se nota la intención académica, prefabricada en su estilo. Esa ingenuidad y espontaneidad “naif” se formaliza en un minimalismo, en su sencillez y sutileza a la hora de narrar, pero al mismo tiempo tiene un efecto estético en la valoración que hace del contexto histórico. “Todo era tan simple como el día” dice el epígrafe de la novela, una cita extraída de una famosa novela del género negro, *¿Acaso no matan a los caballos?* de Horace McCoy. Desde ahí apunta a ese estilo minimalista, que sólo acude a los elementos necesarios que le permiten decir lo que quiere, a dejando que las acciones transcurran con una cierta naturalidad, como si apenas ocurriera algo.

El artificio está presente en la construcción de la novela, en tanto que es visible la intención, como el arduo trabajo por escribir una novela negra. Se diferencia del naif original en la medida que hay una experimentación controlada y eso la hace autoconsciente, meticulosa. La novela fue escrita en tres semanas y a partir de una

anécdota de un trancón en la vía a Buenaventura² y de un plan narrativo sobre el género. Dice Octavio Escobar en entrevista con Orlando Mejía Rivera publicada en su libro *La Generación Mutante*:

“Escribí *Saide* como un juego, lo cual es muy cercano al origen de la literatura policial que era un juego intelectual. *Saide* comenzó con el juego de pensar “inventémonos una novela policiaca” y lo hice...” “...me senté y escribí la novela en un tiempo muy breve, creo que en menos de tres semanas. Utilicé los códigos del género: retardando la información, generando dudas respecto al personaje protagónico, empleando un narrador en primera persona...” (Mejía, 2001: 188).

La anécdota es el pretexto de la actualización de su mirada “negra” del mundo. Hace una valorización del narcotráfico como una cultura narco, de la plata fácil. Lo ético-moral del narco en la vida cotidiana, el crimen y la corrupción se justifican como cualidades naturales de nuestra sociedad para el periodo contemplado.

La trascendencia de los hechos en el contexto histórico narrado exige del autor una experimentación en la forma, o la resemantización de formatos anteriores, como el caso de la novela policial que lo lleva a su actualización del género negro. Esto requiere de un trabajo de modelización del lenguaje, trabajándolo de tal manera que aunque parezca prosaico o light, en la lectura haya un extrañamiento para que, si bien, se está contando la misma violencia cotidiana, haya una dificultad en su lectura y un ineludible compromiso con la factura o ensamble de la novela negra como su plan narrativo lo exige.

En su plan narrativo Escobar Giraldo se propone un trabajo meticuloso y sutil lleno de juegos y técnicas narrativas, en este caso propias de los mass media que le permiten una articulación novedosa con el contexto histórico y su forma de narrarlo. Como cuando dice:

“Esa tendencia existe, por supuesto, pero creo que las posibilidades comerciales de la novela policiaca son importantes en Europa y los Estados Unidos, no tanto en nuestros países. A mí me atrae por varias razones: porque el género negro es una matriz narrativa que siempre me ha gustado por su agilidad y su vehemencia, no sólo en la literatura, también en el cine; porque está al alcance de una amplia variedad de lectores, y esto va más allá del aspecto comercial; porque a las historias hay que buscarles el tratamiento que mejor se les acomode y resulta una manera muy adecuada de hablar de la violenta realidad colombiana, de las injusticias sociales, la corrupción y el crimen organizado sin caer en el lamento, la denuncia explícita o la desesperación” (Echeverri, 2008: 08).

2 Octavio Escobar Giraldo, 2008. Entrevista realizada en julio de 2008, como parte de la segunda fase del proceso de investigación del proyecto: Nueva Novela Negra en Colombia 1990 – 2005. Entrevista recuperada el 16 de enero del 2009, en <http://www.youtube.com/watch?v=MSWSbcNBoks>

Lo narrado en la novela no es algo incierto y desconocido por el lector, es un recuerdo, una latencia para evitar su olvido. Así, una novela como *Saide*, se instala en el umbral de la escritura misma, donde el lenguaje literario en su dificultad para articular lo que necesita decir, se detiene para dar paso a una multiplicidad de voces que configuran un escenario que alimenta y al mismo tiempo oculta un crimen. Entre miles de crímenes de iguales características de la misma época, Escobar Giraldo no cuenta un magnicidio, sino que se detiene en la particularidad de un crimen anónimo y cotidiano del que nadie habla. Y tal vez por eso decide no esclarecerlo, ni para el narrador-protagonista, quien decide quemar la única pista, ni para el lector.

Por esta misma razón escoge una ciudad pequeña (Buenaventura) para el desarrollo de su trama. Hay un giro en la novela negra caracterizada por desarrollarse en las grandes ciudades, pero, el giro del espacio de la ciudad a la provincia no es del todo ingenuo. Es parte de su intención por la transgresión del género: sólo nos quiere recordar la idea de que lo urbano está en la conciencia de las personas y de alguna manera se asimila al concepto de lo urbano de Armando Silva: “La ciudad imaginada como paradigma cognitivo aparece cuando es posible hacer la distinción entre la ciudad y lo urbano, cuando ser urbano excede la visión de la ciudad y, por tanto, la nueva urbanidad pasa a ser más bien una condición de la civilización contemporánea antes que una referencia al hecho de vivir en un casco citadino” (Silva, 2007: 33).

Por otra parte, en la novela no hay héroe, ni investigador, el narrador protagonista es un hombre solitario que con su mirada nos muestra de manera “objetiva” la realidad que le tocó vivir, sin valoraciones morales, sólo las expone; de hecho el personaje no cambia realmente, sólo es una especie de “ojo-cámara” para el lector, muestra la condición humana en sus diferentes facetas especialmente en el amor y en lo violento que se puede llegar a ser. No es ésta una obra que pretenda dar la respuesta definitiva, al final sabemos lo mismo que al inicio. Se hace evidente de manera reiterada la intención del autor por alejarse del género negro “tradicional”. Así lo menciona Octavio Escobar en una entrevista publicada en *Papel Salmón*, el suplemento del diario *La Patria* de Manizales:

“*Saide* surge de la fusión entre la realidad muy violenta, la colombiana, y mi afición a la literatura policiaca, en especial al género negro, que en muchos sentidos tiene como una de sus posibilidades la crítica social, en contraste con las narraciones tradicionales de Conan Doyle o Agatha Christie, que se limitan a la invención de un crimen aparentemente insolucionable, y a su resolución. Lo que yo intenté hacer fue una novela negra que evitara algunos tópicos - el detective, el final cerrado, el determinismo social-, para proponer al lector una narración con la agilidad de un tipo de literatura que está destinada a un público masivo, pero con sucesos y situaciones habituales en la violentísima Colombia de los años noventa.” (Mejía, 2007: 24)

Para terminar, se podría decir que Escobar Giraldo al asumir la forma de la novela negra, lo que hace es ampliar el espectro temático de la literatura. No ha retomado un subgénero simplemente, sino que ha transgredido sus formas y estilos para indagar en nuevos procesos narrativos; es así como las formulas clásicas de lo policial y la denuncia social se ven subvertidas por mecanismos narrativos específicos que lo hacen singular y propositivo, en el “ensamble” de una novela negra.

Bibliografía

- Bauman Zygmunt, 2003, *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, B/Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Echeverri, Jaime, 2008, “A las historias hay que buscarles el tratamiento que mejor se les acomode”, *Letralia: tierra de letras*, 181, pp. 1-10. Recuperado el 18 de febrero de 2008, de <http://www.letrealia.com/181/entrevistas02.htm>
- Escobar Giraldo, Octavio, 1995, *Saide*, Bogotá: Ecoe ediciones.
- Jaramillo Vélez, Rubén, 1994, “La postergación de la experiencia de la modernidad en Colombia”, en: *Colombia: la modernidad postergada*, Bogotá, Editorial Temis, pp. 22–50.
- Mejía Rivera, Orlando, 2001a, “Octavio Escobar Giraldo y la escritura profunda de lo “light””, en: *La generación mutante: Nuevos narradores colombianos*, Manizales: Editorial Universidad de Caldas, pp. 165- 194.
- _____, 2007b, “Entrevista con Octavio Escobar Giraldo”, *Suplemento “Papel Salmón”*, La Patria, Manizales, 29 de julio de 2007, pp. 20 – 28.
- Pouliquen, Hélène, 2002, “Algunas reflexiones acerca del campo de la novela en Colombia en la década de los años noventa del siglo XX”, *Hojas Universitarias*, 52, pp.178- 189.
- Silva Armando, 2007, “Imaginarios urbanos en América latina”, en: *Imaginarios urbanos en América latina: urbanismos ciudadanos*, Barcelona: Fundació Antoni Tàpies, pp. 33.